

AGATA BRECZKO, ANETTA BRECZKO  
(Meksyk, Białystok)

## LAS ÉLITES Y LAS GRANDES TRANSFORMACIONES

### Introducción

El tema de las élites se inscribe, sin duda, en un largo debate engorroso y amplio. En el contexto del mundo globalizado, la tarea de entenderlas se complejiza aun más. Las fronteras nacionales ya no definen, o por lo menos no por completo, las lealtades ni el actuar de los grupos poderosos; mientras tanto, el espacio transnacional les abre nuevos campos de acción y les da oportunidades nuevas. El presente trabajo pretende entender en primer lugar el sentido mismo de una élite: su significado y sus posibles implicaciones para el proceso económico en particular e histórico en general. En segundo lugar, dado que las élites son en gran parte definidas por su entorno social, se busca entender la particularidad de las élites estadounidenses. Por último, se pretende explicar cómo éstas influyeron en el asenso de los Estados Unidos como la principal potencia mundial y, de manera paralela, cómo constituyeron una fuerza definitoria en la creación de un sistema internacional concreto, fincado en las instituciones y en la normatividad globales.

### 1. ¿La gran transformación?

El advenimiento del capitalismo implicó no solamente un cambio del sistema de producción, sino que modificó las lógicas operativas de la sociedad. Los siervos se fueron convirtiendo en asalariados para, en una etapa más avanzada, pasar de ser esclavos del señor feudal a ser consumidores. Las fuentes de poder se diversificaron y modificaron, al mismo paso que las fuentes de riqueza. El sistema capitalista pasó lentamente, desde el proceso de cercamientos en los Países Ba-

jos e Inglaterra como una verdadera “revolución de los ricos contra los pobres”<sup>1</sup>, por el mercantilismo, hacia sus formas cada vez más liberales. La economía de mercado se vio profundamente influenciada y modificada por las dos Revoluciones Industriales, los descubrimientos y la explotación de “mundos nuevos” y los constantes avances tecnológicos.

Cambió no solamente la coyuntura, sino también el trasfondo de las sociedades afectadas por el capitalismo: su forma de pensar, de percibir el mundo y a sí mismos. Hubo, como sostiene Polanyi, “[...] un cambio en la motivación de la acción de parte de los miembros de la sociedad: la motivación de la subsistencia debía ser sustituida por la motivación de la ganancia.”<sup>2</sup> Y fue precisamente el mercado autorregulado que representó, en términos de Polanyi, “[...] esta innovación la que originó una civilización específica”.<sup>3</sup> Franklin describe detalladamente el carácter materialista de esta “nueva” sociedad. De acuerdo con la lógica de su “ética” capitalista, las virtudes en realidad son virtudes sólo y cuando cumplen con su objetivo principal: traer beneficios y ganancias concretas al hombre de bien. Volverse cada vez más rico y útil dentro del mercado debería de ser un fin y no un simple medio en la vida de los hombres. En la ética de la nueva civilización capitalista, el dinero tiene un papel crucial e, inclusive, moral. Es mucho más que un simple medio neutro para el intercambio de mercancías, como sostenía David Ricardo y algunos otros economistas clásicos. El dinero, desde la perspectiva Frankliniana, tiene una lógica propia: el elevar al ser humano. “Quien malgasta improductivamente un solo centavo, dice Franklin, malgastará también toda su fortuna y la fortuna de un país entero”.<sup>4</sup>

Al trazar una suerte de ética de mercado, éste gana un cierto carácter sagrado, evangelizador. En este sentido, la economía deja de ser humana, sino que, según los predicadores del liberalismo económico, implica mucho más – funciona de acuerdo con sus propias leyes y, dejada a sus propias fuerzas, es perfecta.

Así, el mercado moderno, tendiente hacia una autorregulación deshumanizada y dominado por las supuestas leyes naturales, entendidas en términos de un simple ajuste entre la oferta y la demanda, mediante el mecanismo de precios, es fuertemente debatido por Polanyi. Como demuestra el autor, la economía está muy lejos de poder considerarse autónoma y libre de las intenciones humanas. Está, al contrario, arraigada en toda una serie de procesos políticos, sociales, psicológicos y religiosos, entre otros. No es, “a la smithiana”, un ente impersonal, guiado por una mano invisible, sino más bien se trata de una creación terrenal

<sup>1</sup> K. Polanyi, *La Gran Transformación los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México 2012, p. 83.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 90.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 49.

<sup>4</sup> B. Franklin, *Żywot własny*, Varsovia, 1960, p. 13, traducción propia.

dirigida por las múltiples manos más o menos apreciables de la administración, al estilo de Bentham o Polanyi. De hecho, incluso el liberalismo es algo planeado por el mismo Estado que se ve obligado a asegurar ciertas condiciones imprescindibles para que un mercado autorregulado pueda existir. “El *laissez-faire* no tenía nada de natural; los mercados libres no podrían haber surgido jamás con sólo permitir que las cosas tomaran su curso. Así como las manufacturas de algodón – la principal industria del libre comercio – se crearon con el auxilio de los aranceles protectores, los subsidios [...], el propio *laissez-faire* fue impuesto por el Estado. [...] El *laissez-faire* se planeó”.<sup>5</sup>

En este mismo sentido, Polanyi concluye que la humanidad no es, a pesar de lo que pretenden demostrar los liberales, un simple “adjunto” del mercado, sino que, al contrario, “la economía humana está sumergida por regla general en las relaciones sociales”.<sup>6</sup> Si así las fuerzas de mercado anónimas, imposibles de detectar, quedan descartadas de nuestra definición de la economía, es factible preguntar qué tipo de relaciones definen, diseñan y moldean las estructuras de la misma. Sin duda, siguiendo la lógica de Soros y Polanyi, resulta evidente que:

Los acontecimientos económicos y sociales, a diferencia de los acontecimientos que preocupan a los físicos y los químicos, suponen la presencia de actores pensantes. Y los actores pensantes pueden cambiar las reglas de la economía y los sistemas sociales en virtud de sus propias ideas acerca de estas reglas.<sup>7</sup>

No obstante, si bien todas las personas intervienen de alguna u otra forma en los procesos económicos, ya sea como una amplia base de consumidores o deudores, definitivamente no todas definen el curso y la lógica de los mismos. En este sentido, se puede hablar de una minoría o de las minorías organizadas que diseñan y controlan con mayor o menor fuerza el ciclo económico, tanto a nivel nacional como internacional. Se trata de una élite que, si bien, como diría Charles Wright Mills, no dicta todo el curso de la historia, al tomar [o no tomar] una serie de decisiones tiene la capacidad de influir en la vida de las masas de los países enteros.

## 2. La élite como actor

Los Estados como entes abstractos y totalizadores, como pretenden mostrarlos las visiones tradicionalistas – el Realismo y el Idealismo – ya no bastan o, más

---

<sup>5</sup> K. Polanyi, *op. cit.*, pp. 194 y 196.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 94.

<sup>7</sup> G. Soros, *La crisis del capitalismo global, la sociedad abierta en peligro*, Madrid 1999, p. 62.

bien, nunca bastaron para explicar el complejo proceso social y económico, tanto al interior, como en lo global y lo internacional.

En este sentido y con esta abnegación hacia lo que significa e implica el actor estatal, ¿quién sería el verdadero o, por lo menos, más probable motor de la historia? La teoría de las élites puede considerarse como uno de los muchos intentos por dar una respuesta más adecuada al problema planteado.

La élite puede entenderse desde diversas perspectivas y enfoques. Sin duda alguna, el contexto histórico y el tipo de sociedad en cuestión influyen sustancialmente en lo que se entiende por la misma. Pero lo que resulta común en casi todos los tiempos y “[...] en todas las sociedades, desde las medianamente desarrolladas, que apenas han llegado a los preámbulos de la civilización, hasta las más cultas y fuertes, es el hecho de que existen dos clases de personas: la de los gobernantes y la de los gobernados”<sup>8</sup>; en este orden, las primeras que son las minorías siempre, para Mosca, van a desempeñar funciones políticas convirtiéndose de tal forma en gobernantes y dejando a los demás en su modesto papel de gobernados. Vilfredo Pareto desafía la definición de Mosca, considerando que la élite no siempre tendrá un sentido eminentemente político. Desde su perspectiva, existen las élites que gobiernan y las que no: “[...] hay que dividir la clase en dos, es decir separar a quienes directa o indirectamente influyen en el proceso del gobierno y, por lo mismo, forman parte de una *élite gobernante* de aquellos que son una *élite no gobernante*”.<sup>9</sup>

La élite, desde su perspectiva, no es una clase totalmente homogénea, sino todo lo contrario. Tiene miembros activos e inactivos; hay quienes merecen pertenecer a la misma y otros que simplemente forman parte de ella a través de lazos familiares o de amistad. Si bien Pareto complejiza la composición de la clase electa, dividiéndola en gobernante y ociosa, también tiene una visión, igual que Mosca, bastante dualista: la sociedad se separa en dos: entre la élite y la no-élite, es decir el resto o, en términos más contemporáneos de Stiglitz, en el “99 por ciento”. Tanto Mosca como Pareto concuerdan en cuanto las minorías tienen ciertas características particulares que las distinguen de las masas de los gobernados. Además de la “[...] enorme ventaja que da la organización [frente a una mayoría caótica], las minorías gobernantes están constituidas por lo común de tal manera que los individuos que las componen [...] [cuentan con] algunas cualidades que les otorgan cierta superioridad material e intelectual, y hasta moral.”<sup>10</sup>

Mientras que en las tribus y sociedades pre- o, simplemente, no-capitalistas la característica principal de sus clases gobernantes es su fuerza física, necesaria

<sup>8</sup> G. Mosca, *La clase política*, en *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona 2007, p. 23.

<sup>9</sup> V. Pareto, *Tratado de Sociología General*, Varsovia 1994, p. 519, traducción propia.

<sup>10</sup> G. Mosca, *op. cit.*, p. 25.

para la sobrevivencia y la dominación, en el mundo de economía de mercado en donde la propiedad privada es protegida por “[...] la fuerza *práctica y real* de las leyes”<sup>11</sup> estatales y se vuelve la fuente y el principal símbolo de poder, la élite gobernante transita de constituirse de guerreros a componerse principalmente de los ricos. Tal y como sostiene Mosca, “[...] los gobernantes son los ricos, más que los fuertes.”<sup>12</sup>

En este punto se plantea un círculo virtuoso que, en muchos casos, se pervierte y se convierte en vicioso y determinista, tal como lo perciben Mosca, Pareto y, más tarde, Mills. “[...] así como el poder político produjo la riqueza, ahora la riqueza producirá el poder [...]; si por un lado los poderosos son por lo general los ricos, por otro basta ser rico para convertirse en poderoso.”<sup>13</sup>

Cuando la élite se ubica en la cima del poder solamente por la simple suerte hereditaria de ser rica y ya no por contar con otras cualidades, en general se pone en marcha el proceso de circulación; proceso ya advertido por Mosca, pero descrito con mayor detalle por Pareto. Hay circulación o movilidad social cuando los individuos de origen pertenecientes a la masa de los “gobernados” llegan a entrar en los pequeños círculos.

“Si la aristocracia humana, como una raza de animales, nos dice Pareto, se reprodujera conservando más o menos similares características, la historia humana sería entonces enteramente distinta a la que conocemos.”<sup>14</sup> No obstante, no es el caso y la élite declina tanto en cantidad como en calidad, por lo cual los vacíos deben de ser llenados por nuevos miembros, más dinámicos y activos. La historia, nos cuenta Pareto, es en estas condiciones “el cementerio de las aristocracias”<sup>15</sup>.

### 3. Las élites en los Estados Unidos

El análisis de Mosca y Pareto se limita sustancialmente a un examen nacional e interno en su interpretación del rol y alcance de las élites. En un mundo cada vez más globalizado e interactivo, es interesante apreciar el posible papel que juegan las mismas dentro de la política y economía internacionales. Al considerar, desde un inicio, al análisis estatal como sumamente limitado para entender las relaciones globales, diversos autores – Stephan Haggard, Beth A. Simmons, John Scott

---

<sup>11</sup> G. Mosca, *op. cit.*, p. 28.

<sup>12</sup> *Ibidem.*

<sup>13</sup> *Ibidem.*

<sup>14</sup> V. Pareto, *op. cit.*, p. 521.

<sup>15</sup> *Ibidem.*

y William K. Carroll, entre muchos otros – consideran que las élites nacionales de diversos países, ya sea públicas o privadas, y sus interrelaciones entre sí, dentro y fuera de los organismos internacionales, ofrecen una interesante explicación del orden del mundo actual. Stephan Haggard y Beth A. Simmons proponen incluso una nueva agenda para el estudio de los regímenes, demostrando la urgente necesidad de entender “la cooperación internacional no solamente como resultado de las relaciones estatales, sino sobre todo como una interacción entre los juegos domésticos e interestatales.”<sup>16</sup>

No obstante, ya Antonio Gramsci consideraba que la configuración interna determina el papel internacional de un país. “No puede haber hegemonía a nivel mundial si ‘el bloque dominante’ de la potencia hegemónica, es decir las clases y grupos que ejercen el poder en el seno de la formación social de esa potencia, no la tienen en el espacio nacional.”<sup>17</sup>

Este orden internacional entendido como una extensión de la política y economía interna del Estado hegemónico puede ejemplificarse con el caso del asenso de los Estados Unidos a ser la principal potencia mundial tras la Primera y, sobre todo, Segunda Guerra Mundial.

En primer lugar, para estudiar el caso estadounidense, resulta pertinente detenerse un momento y analizar brevemente el carácter propio de su élite. Su desarrollo histórico particular, su nacimiento como un país capitalista, “excepcional” en términos de Tocqueville, tuvo una fuerte influencia en el carácter de sus élites: éstas nunca tuvieron que afrontar el yugo del feudalismo, la verticalidad de la Iglesia y el absolutismo de los reyes, y entraron en la fase industrial casi inmediatamente.<sup>18</sup> Las élites estadounidenses, desde un inicio, tuvieron un sentido fuertemente asociado a la riqueza, finanzas e industrias privadas, alejándose de la tradicional élite estatal pública. Huntington supuso incluso, de manera bastante atrevida, que existe una “virtual ausencia del concepto de ‘Estado’ en el pensamiento americano”<sup>19</sup>. Desarrollando la misma idea, José Luis Orozco sostuvo que “ajenos a las profecías de Maquiavelo, Bodin y Hobbes, los norteamericanos podrían desarrollar un “evangelio de la riqueza”, pero jamás un “evangelio del poder” y sus secuelas de *raison d'état*.”<sup>20</sup> No obstante, desde un inicio se trata más bien de un acuerdo estratégico entre los ámbitos público y privado, de una “síntesis

---

<sup>16</sup> S. Haggard, B.A. Simmons, *Theories of international regimes*, en “International Organization”, 41, 3, Verano 1987, p. 513, traducción propia.

<sup>17</sup> A. Guillén, *Mito y Realidad de la Globalización Neoliberal*, UAM, México 2007, p. 146.

<sup>18</sup> Consultar A. de Tocqueville, *La democracia en América*, Madrid 2007.

<sup>19</sup> S. P. Huntington, *American Politics: the Promise of Disharmony*, Cambridge, Massachusetts 1981, p. 34.

<sup>20</sup> J.L. Orozco, *El Estado Norteamericano*, UNAM, México 1986, p. 3.

estatal-empresarial del 'pragmatismo revivificado' norteamericano [que] se reubica en las coordenadas de la política del poder y la política de la ganancia."<sup>21</sup>

Mills, uno de los principales teóricos de la élite estadounidense, no hace más que confirmar esta supuesta simbiosis entre la razón de mercado y de estado. Considera que la élite constituye un cuerpo bastante homogéneo, en cuanto es constantemente interconectado en una suerte de "memorable alianza" entre sus tres partes principales: las élites propiamente políticas, las élites económicas compuestas por los altos directivos de las corporaciones y las familias ricas y los altos mandos militares; alianza expresada a través de su forma de hacer negocios entre sí, pero también dada su pertenencia a los mismos clubs elitistas, los mismos centros educativos y, por lo tanto, similares modos de vida.

La élite estadounidense opera entonces, desde un inicio, dentro de las lógicas de un "Estado Corporativo", teniendo una gran flexibilidad y elasticidad a la hora de actuar. Edward S. Greenberg considera incluso que el gobierno estadounidense está diseñado de tal manera, como para poder satisfacer, con la mayor eficiencia posible, los intereses sectoriales: "[...] podemos conceptualizar mejor al Congreso como una colección de representantes de los intereses especiales, bien organizados, bien financiados y restringidos. Constituye la suma total [...] de los grandes grupos locales de interés, las industrias y otras élites empresariales diseminados a lo largo del país."<sup>22</sup>

Bentley, en un mismo sentido, sostiene que los "[...] múltiples intereses que obtienen representación a través de varios miles de funcionarios con diferentes grados de éxito"<sup>23</sup> definen al gobierno estadounidense. Charles Austin Beard, con su *Interpretación Económica de la Constitución de los Estados Unidos*, no hace más que confirmar en el plano constitucional – con hechos, cifras y apellidos concretos – las tesis de Greenberg y Bentley.

#### 4. Desde una élite nacional hacia las élites transnacionales

Dejando en claro que las élites determinan en gran medida la política nacional de los Estados Unidos, es factible analizar el papel que esas mismas desempeñaron por un lado en el posicionamiento de los Estados Unidos como principal potencia y, por otro lado, en la construcción de las instituciones que dieron vida a un nuevo orden mundial.

---

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 29.

<sup>22</sup> E.S. Greenberg, *The American Political System: A radical Approach*, Cambridge, Massachusetts 1977, pp. 317 y 318.

<sup>23</sup> A. Bentley *apud* J.L. Orozco, *op. cit.*, p. 16.

Con la Diplomacia del Dólar de Taft se abrieron cada vez más puertas para que las élites económicas entraran al gobierno y definieran directamente la política exterior del país. La reestructuración *taftiana* del Estado norteamericano implicó darles un papel creciente a los hombres de negocios y los banqueros; de manera paralela, el nuevo nacionalismo debía tener un sentido más cercano al interés privado y corporativo que, como suele suceder en el caso de un nacionalismo tradicional, ser totalmente público y abstracto. Ello porque la diplomacia, en un mundo cada vez más capitalista y consumista, no podía seguir siendo únicamente política o militar. Tampoco se valía aludir exclusivamente a los sentimientos nacionales, basados en los vagos y superficiales sentimientos de honor y orgullo. Los intereses del Estado tenían que ver, cada vez más, con la prosperidad de industrias y de finanzas privadas de grandes corporaciones que, en esta misma época, como registró en 1908 Arthur Bentley, el contemporáneo de Taft, representaron una suerte de “incuestionable novedad, [al convertirse sus actividades en] la actividad social por excelencia en el entretreído plural y organizativo.”<sup>24</sup>

Como solía afirmar Taft, “ya no había necesidad de hundirse en guerras innecesarias”, porque “el crecimiento sin igual de las exportaciones de los Estados Unidos hizo del comercio el factor principal de la prosperidad industrial y comercial del país.”<sup>25</sup> La política del Gran Garrote debía ser remplazada por la de los negocios. O, en otras palabras, el comercio ofrecía mayores recompensas y beneficios que el imperialismo duro “a la europea”.

Polanyi insiste en que los “[...] negocios pacíficos [en la economía de mercado se ven] como un interés universal.”<sup>26</sup> Las élites capitalistas influyeron en un creciente interés por la estabilidad, siguiendo la sugerencia de Taft de “sustituir las balas por los dólares”<sup>27</sup>. Obviamente, no se trataba de una paz soñada por los idealistas o constructivistas, sino más bien de una paz pragmática que evitaría una guerra perpetua y destructiva entre grandes potencias, pero aceptaría conflictos cortos, localizados, y fácilmente controlables como fuente de grandes ingresos y beneficios. En pocas palabras, el nuevo mecanismo de llevar a cabo las relaciones de los Estados Unidos con el exterior debía basarse en los intereses de grupos, haciendo uso de una nueva y moderna diplomacia comercial entrelazada con una geopolítica de recursos y dinero.

---

<sup>24</sup> A. Bentley *apud* J.L. Orozco, *La ciencia, la democracia y la guerra para terminar todas las guerras*, en “Revista Circunstancia”, México, Número 4, Mayo 2004.

<sup>25</sup> W. Howard, Taft, *Fourth Annual Message*, 3 de Diciembre de 1912, [disponible en línea: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=29553>], traducción propia.

<sup>26</sup> K. Polanyi, *op. cit.*, p. 53.

<sup>27</sup> W. Howard, Taft, *op. cit.*

En este punto se perfiló claramente una ya no únicamente diplomacia, sino una verdadera geopolítica del dinero: las zonas podían ser dominadas y pacificadas ya no solamente a través de la intervención militar, sino más bien por medio de la intromisión monetaria. Efectivamente, a través de finanzas y la intervención de los bancos, apoyados por la constante y penetrante infiltración de las fuerzas estadounidenses, en la época de Taft se pacificaron los conflictos entre Perú y Ecuador, entre Panamá y Costa Rica, entre Haití y la República Dominicana y en Nicaragua. Su pacificación implicó el dominio indirecto estadounidense. En este sentido, se abrieron todas las puertas para los inversionistas y banqueros norteamericanos, quienes fueron a prestar no tanto para instaurar la estabilidad financiera de los países receptores, sino también y, sobre todo, para beneficiarse, tomando control de los recursos y los puestos estratégicos en los mismos y creando nuevos lazos de dependencia y relaciones de deudor-acreedor: “Para persuadir a los bancos de que establecieran oficinas en sitios tan poco prometedores, el gobierno estadounidense tuvo que proporcionar seguridad y, a veces, autoridad fiscal y administrativa. En Nicaragua, los bancos norteamericanos nombraban al recaudador general de aduanas y dirigían el ferrocarril nicaragüense, así como el banco nacional.”<sup>28</sup>

Estados Unidos, gracias al recurso de la diplomacia y geopolítica de dinero, no se involucró directamente en los conflictos mundiales del siglo veinte, escondiéndose tras su supuesta neutralidad y, a su vez, haciendo negocios de guerra con los países belicosos, a través de sus ricos y corporativos. Ilustrando la manera en que las élites se aprovechan de la coyuntura, Mills describe claramente que: “Entre 1940 y 1944 se dieron a las compañías privadas unos 175,000.000,000 de dólares por virtud de contratos para el abastecimiento de materias básicas. Las dos terceras partes íntegras de esa cifra fueron a manos de un centenar de compañías; en realidad, casi la tercera parte fue a manos de diez empresas particulares.”<sup>29</sup>

En este sentido, como anunció el mismo Wilson, la política de negocios dio su resultado, tanto para las élites como para el país en su conjunto: los Estados Unidos se convirtieron de un importante deudor en el principal acreedor del mundo. A estas alturas, era el único capaz de dictar las reglas de juego después la guerra.

Tras la Primera y Segunda Guerras Mundiales, se buscó legitimar el dominio mundial de la nueva potencia y sus élites. Estados Unidos pretendió crear una constitución global que liberalizara y abriera todos los mercados hasta entonces cerrados o dominados por las potencias europeas. Como afirma José Luis Orozco, a estas alturas ya era “hora de resucitar, más activa y sistemáticamente que nunca,

---

<sup>28</sup> P. Knox, citado por R. A. Pastor en *El Remolino, política exterior de Estados Unidos hacia América Latina y El Caribe*, México 1995, p. 179.

<sup>29</sup> Ch.W. Mills, *La élite de poder*, México 1987, p. 101.

un *sistema internacional americano estable* como el puente para una *organización internacional americana estable* que, *por obra del espíritu democrático*, deberá extenderse incluso hasta China.”<sup>30</sup> En este marco, se trató de desafiar y rechazar el viejo orden europeo para imponer uno nuevo, más acorde con los intereses estadounidenses y su forma de percibir el mundo y los negocios.

Ello se logró en primer lugar con los Catorce Puntos de Wilson, quien utilizó la guerra como vehículo para crear un suelo fértil y favorable para la expansión del mercado estadounidense. Dichos puntos, superficialmente pacifistas e idealistas, mientras que en el fondo sumamente comerciales y financieros, no hicieron más que abrir el sistema internacional para los intereses estadounidenses y el desarrollo del capitalismo al “estilo americano”, limitando a la vez la hegemonía británica decadente. Se abrieron los mares con la libertad de navegación absoluta tanto en paz como en tiempos de guerra, se abolió, teóricamente, la diplomacia secreta, abriéndole las puertas a la financiera; se solicitó la eliminación de las barreras económicas de cualquier tipo; y, por último, se dio la apertura de los mercados nuevos con el reajuste fronterizo dentro de Europa.

El segundo momento clave en el que la diplomacia del dólar logró consolidar el papel hegemónico de los grupos estadounidenses fue durante la Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas en 1944. Los presidentes y los políticos, al lado de los hombres de negocios y los banqueros de Wall Street e Inglaterra se reunieron en Bretton Woods junto con otras delegaciones, dando la impresión de un falso multilateralismo, para decidir el futuro de la nueva arquitectura financiera. Como cuentan Ruggie y Lichtensztejn, había dos proyectos en pugna, ambos anglosajones: el Plan White por parte de los Estados Unidos y el Plan de Keynes de origen británico<sup>31</sup>. La lucha entre ambos demostró que la balanza se inclinaba claramente hacia el lado de la nueva potencia en crecimiento; la libra esterlina fue desplazada por el dólar.

La incuestionable victoria del proyecto norteamericano supuso una importante modificación en el plano monetario internacional, junto con la construcción del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial como futuros ejecutores y legitimadores del nuevo orden en el que los países acreedores están a salvo de rendir cuentas de sus políticas económicas, mientras que los deudores, obedeciendo los lineamientos del ajuste estructural, a través de los mecanismos de condicionalidad, tienen que respetar una cada vez “[...] mayor apertura [...] al comercio y a las inversiones extranjeras, privatización de servicios y producciones

---

<sup>30</sup> J. L. Orozco, comp., *¿Hacia una globalización totalitaria?*, UNAM, México 2007, p. 17.

<sup>31</sup> Consultar J.G. Ruggie, *International regimes, transactions, and change: embedded liberalism in the postwar economic order*, en S.D. Krasner, *International Regimes*, London, 1989, pp. 195–232 y S. Lichtensztejn, *Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial; Instrumentos del poder financiero*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2010, 248 pp.

a cargo del sector público, como catalizadores de la expansión internacional de las grandes corporaciones productivas y financieras.”<sup>32</sup>

Los intereses que las élites estadounidenses pueden tener en la existencia de este tipo de institucionalidad global parecen evidentes: el Banco Mundial y el Fondo Monetario, por ejemplo, pueden servir como una suerte de plataforma para la empresa privada, otorgándole información necesaria y privilegiada sobre los mercados en desarrollo y sobre las posibilidades de inversión en diversas partes del mundo; pueden servir también, dándole oportunidades reales de acción a través de la apertura de las economías deudoras y su obligado ajuste a las políticas y lógicas neoliberales.

En este sentido, el sistema creado implica, sin duda, una gran ventaja para la expansión del comercio y finanzas estadounidenses. Está claro, que los intereses corporativos y privados, desde un inicio, tuvieron y siguen teniendo cabida en los organismos internacionales creados. Por ejemplo, Lichtensztejn sostiene que, en el caso del Banco Mundial, “desde un principio se reconoció la influencia del mercado financiero estadounidense en la provisión de [sus] fondos [...] y, como consecuencia de ello, se dio directa injerencia en su dirección a banqueros de este país”<sup>33</sup>. Entonces, al ser los organismos internacionales tan íntimamente dependientes de los capitales privados, se ven igualmente condicionados por los mismos. En este sentido está claro que los intereses corporativos, en algún momento u otro, pueden reflejarse en el hecho de que “[...] la definición y contenido mismo de las políticas públicas se privatiza [...]”<sup>34</sup>.

## 5. Consideraciones finales

La “Gran Transformación” a la que se refirió Polanyi implicó un cambio de sistema productivo y social, y modificó por completo el escenario internacional, transformando sus *modus operandi* y diversificando los instrumentos de poder utilizados por las potencias en sus relaciones con el exterior. Éstos ya no son solamente los tanques de guerra y los marines (si bien éstos siguen muy presentes) o las convenciones secretas entre los Hombres de Estado, sino también reuniones más o menos oficiales del sector privado fundido con el público en una suerte de abrazo simbiótico.

---

<sup>32</sup> S. Lichtensztejn, *op. cit.*, p. 15.

<sup>33</sup> S. Lichtensztejn, *op. cit.*, p. 36.

<sup>34</sup> A. Salas-Porras Soulé y M. Luna Ledesma, *Introducción ¿Quién gobierna América del Norte?*, en *¿Quién gobierna América del Norte; Élite, redes y organizaciones*, UNAM, México 2012, p. 15.

La diplomacia y la geopolítica del dólar permiten, tras la Primera y Segunda Guerras Mundiales, sentar las bases de una nueva hegemonía ya no solamente de los Estados Unidos como Estado unitario, sino también del sistema capitalista en su conjunto. Se trata de una hegemonía despolitizada y cada vez más económica, privada y corporativa. Salen a flote, en este contexto, los nuevos actores que poco a poco rebasan al Estado: la mayoría de las veces se alían con el mismo, pero en algunas ocasiones pierden su lealtad porque así lo dicta el cálculo entre el costo y el beneficio.

En este nuevo marco, el instrumento de la deuda se convierte en un poderoso mecanismo de dependencia y condicionalidad, y las relaciones deudor–acreedor, exportador–importador cobran un sentido nuevo. Todo ello contribuye en la creación de un imperialismo distinto que ya no requiere (o, por lo menos, no en todos los casos) de un dominio político directo sobre un país. La mayoría de las veces basta con controlar su economía y con tener la habilidad, como diría Carl Schmitt, “de determinar por sí solo el contenido de conceptos legales y políticos... Una nación es conquistada principalmente, cuando adopta un vocabulario extranjero, un concepto ajeno del derecho, especialmente el derecho internacional”<sup>35</sup>. Al fin y al cabo, ésta es, podríamos decir, la gran victoria de los grupos de poder o las élites que logran posicionarse tanto en Estados Unidos como en el mundo, siendo los principales diseñadores y arquitectos de la institucionalidad y legalidad que les brindan riqueza, poder y prestigio, y los convierten en un verdadero motor ya no solamente de la economía, sino también de la historia.

## The Elites and the Great Transformations

### Summary

The discussion about elites is part of a cumbersome and long debate. In the context of a globalized world, the task becomes even more complex to understand. It is because national borders no longer define or, at least, do not define completely, all the loyalties and actions of powerful groups. Meanwhile, the transnational space opens new fields of activity and, along with, gives them new opportunities.

In first place, this paper aims to understand the very meaning of a power elite: its significance and its possible implications for some selected economic and historical processes. Secondly, since the elites are largely defined by their social environment, the present paper seeks to understand the particularity of the American case. Finally, we try to explain how this ruling class influenced

---

<sup>35</sup> C. Schmitt, *Positionen und Begriffe*, citado por Héctor Orestes Aguilar, en *Carl Schmitt, teólogo de la política*, México 2001, pp. 112–113.

the consolidation of the United States as the leading world power, participating in the creation of a specific international system, based on institutions and the global regulation.

**Key words:** transformations, globalized world, elites, history

### Bibliografía

- Franklin B., *Żywot własny*, Varsovia 1960.
- Greenberg E.S., *The American Political System: A radical Approach*, Cambridge, Massachusetts 1977.
- Guillén A., *Mito y Realidad de la Globalización Neoliberal*, UAM, México 2007.
- Haggard S., Simmons B. A., *Theories of international regimes*, en *International Organization* 41, 3, Verano 1987.
- Huntington S.P., *American Politics: the Promise of Disharmolny*, Cambridge, Massachusetts 1981.
- Lichtensztejn S., *Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial; Instrumentos del poder financiero*, Universidad Veracruzana, Xalapa 2010.
- Lipset S., *El Excepcionalismo Norteamericano: una espada de dos filos*, México 2000.
- Mills, Ch. W., *La élite de poder*, México 1987.
- Mosca G., *La clase política*, en *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona 2007.
- Orestes A., H., *Carl Schmitt, teólogo de la política*, México 2001.
- Orozco J.L., *¿Hacia una globalización totalitaria?*, UNAM, México 2007.
- La ciencia, la democracia y la guerra para terminar todas las guerra*, en *Revista Circunstancia*, México, Número 4, Mayo 2004.
- El Estado Norteamericano*, Colección Grandes Tendencias Políticas Contemporáneas, UNAM, México 1986.
- Pareto V., *Tratado de Sociología General*, Varsovia 1994.
- Pastor R.A. *El Remolino, política exterior de Estados Unidos hacia América Latina y El Caribe*, México 1995.
- Polanyi K., *La Gran Transformación los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México 2012.
- Ruggie J.G., *International regimes, transactions, and change: embedded liberalism in the postwar economic order*, en Krasner S.D., *International Regimes*, London 1989.
- Salas-Porras Soulé A., y Luna Ledesma M., *Introducción ¿Quién gobierna América del Norte?*, en *¿Quién gobierna América del Norte; Élite, redes y organizaciones*, UNAM, México 2012.
- George S., *La crisis del capitalismo global, la sociedad abierta en peligro*, Madrid 1999.

Taft, Howard W., *Fourth Annual Message*, 3 de Diciembre de 1912, disponible en línea [<http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=29553>].

Tratado de Versalles, de *Historia stosunków międzynarodowych 1815–1945*, Poland 2003.

Shelley V., Francisco M.A., *La arquitectura de la hegemonía estadounidense. El NSC-68: una visión schmittiana del mundo*, Revista de Relaciones Internacionales, 2007.

Weber M., *El político y el científico, Edición digital, Universidad Nacional de General San Martín, Argentina, disponible en línea* [<http://www.hacer.org/pdf/WEBER.pdf>].

Woodrow W., *Los 14 puntos de Historia stosunków międzynarodowych 1815–1945*, Poland 2003.

---

Agata Breczko – Universidad Nacional Autónoma de México,  
agata.breczko@comunidad.unam.mx

Anetta Breczko – Uniwersytet w Białymstoku